

mezcláronse con los soldados de la primera fila muchos velites; los demás permanecieron detrás de las enseñas y la caballería guarneció las alas. Los españoles forman el centro de Asdrúbal; á la derecha colocó á los cartagineses y á la izquierda los africanos y mercenarios. La caballería quedó distribuída en las alas, los númeradas con la infantería cartaginesa, los otros jinetes con los africanos. No quedaron todos los númeradas en la derecha, sino solamente aquellos que, como los saltarines de oficio, acostumbraban á llevar dos caballos en lo más recio de la pelea, saltando completamente armados del fatigado al fresco; tan grande es su agilidad y también la docilidad de aquella raza de caballos. Tal era el orden de batalla de los dos ejércitos; los generales de cada bando estaban muy confiados, ni uno ni otro tenían notable superioridad en cuanto al número ó calidad de las tropas; sin embargo las disposiciones de los soldados estaban muy lejos de ser iguales en ambos ejércitos. Aunque los romanos combatían lejos de su patria, sus jefes les habían persuadido fácilmente de que combatían por Italia y por Roma; así, pues, dependiendo su regreso á la patria del resultado de aquella batalla, estaban completamente decididos á vencer ó morir. En el otro ejército había menos decisión. Casi todos los soldados eran españoles, y preferían ser vencidos en España, á vencer para que les llevaran á Italia. Así, pues, al primer choque, cuando apenas se habían lanzado los venablos, el centro de Asdrúbal retrocedió y volvió la espalda á los romanos, que avanzaban vigorosamente. El combate fué más encarnizado en las alas. Los cartagineses por un lado y por otro los africanos estrechan al ejército romano, le atacan por los dos flancos y le rodean en el doble ataque. Pero reuniéndose en masas en el centro, tienen bastante fuerza para rechazar á cada lado las dos alas del enemigo.

Habia, pues, dos combates en los que los romanos, que al fin habían derrotado el centro, se encontraban muy superiores en número y en fuerzas. Su victoria no fué dudosa. En el combate pereció mucha gente, y si los españoles no hubiesen huído en desorden apenas comenzada la batalla, pocos hubiesen sobrevivido de todo el ejército enemigo. La caballería casi no combatió, porque los moros y los númeradas, en cuanto vieron ceder al centro, huyeron en confusión, arrojando hasta los elefantes delante de ellos y dejando descubiertas las alas. Asdrúbal permaneció allí hasta que quedó claramente pronunciada la derrota, escapando con muy pocos hombres de en medio de la matanza. Los romanos se apoderaron de su campamento y lo saquearon. Este combate les atrajo á cuantos vacilaban aun en España, y quitó á Asdrúbal toda esperanza, no solamente de llevar á Italia sus tropas, sino hasta de permanecer con tranquilidad en España. En Roma, donde anunciaron esta noticia cartas de Escipión, no se regocijaron tanto de la victoria como de la imposibilidad en que se encontraría en adelante Asdrúbal para llegar á Italia.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en España, Hamilcon, uno de los tenientes de Aníbal, después de muchos meses de sitio, tomó por asalto á Petelia, ciudad del Brucio (Abruzo). Esta victoria costó mucha sangre y pérdidas á los cartagineses. El hambre mucho más que la fuerza venció á los sitiados. Cuando quedaron consumidos todos los alimentos, granos y carne de toda clase de animales, se alimentaron con el cuero del calzado, hierbas, raíces, cortezas tiernas y las hojas que arrancaban de los matorrales. La ciudad no fué tomada hasta que no tuvieron bastante fuerza para mantenerse sobre las murallas y manejar las armas. Una vez apoderado de Petelia, el cartaginés llevó su ejército delan-

te de Comencia, que se defendió con menos ahínco y se rindió á los pocos días. Casi en la misma época, un ejército de brucios atacó á Crotona, ciudad griega, rica en otro tiempo, fuerte en la guerra y populosa, pero abrumada ahora por tantos y tan grandes males, que apenas encerraba veinte mil ciudadanos de todas edades. Esta ciudad sin defensores cayó muy pronto en poder del enemigo, salvándose solamente la fortaleza. Un puñado de hombres, en medio de la confusión de una ciudad tomada por asalto, consiguió refugiarse en ella después de escapar de la matanza. También pasaron los locrinos á los brucios y cartagineses, habiendo entregado al pueblo los ciudadanos principales. En toda aquella región, solamente los regienos quedaron fieles á los romanos é independientes. Esta tendencia de los ánimos llegó hasta Sicilia, no quedando completamente libre de traiciones ni siquiera la casa de Hierón. Despreciando la ancianidad de su padre, Gelón, el mayor de la familia, después de la batalla de Cannas, despreciando también la alianza de los romanos, pasó á los cartagineses, y la Sicilia se hubiese sublevado, si una muerte tan oportuna, que su mismo padre no estuvo al abrigo de las sospechas, no le hubiera arrebatado cuando ya estaba armando á la multitud y trataba de sublevar á los aliados. Estos fueron los acontecimientos que ocurrieron este año en Italia, en África, en Sicilia y en España. A fines de año Q. Fabio Máximo pidió permiso al Senado para dedicar el templo de Venus Ericina, que siendo dictador, prometió construir. El Senado decretó que T. Sempronio, cónsul designado, en cuanto entrase en funciones, propusiese al pueblo una ley que nombrase á Fabio decenviro para dedicar aquel templo. En honor de M. Emilio Lépidio, que había sido dos veces cónsul y augur, sus tres hijos, Lucio, Marco y Quinto celebraron juegos fúnebres du-

rante tres días (1) y durante tres días también en el Foro, un combate en que perecieron veintidós parejas de gladiadores. Los ediles curules, C. Letorio y T. Sempronio Graco, cónsul designado, que durante su edilidad había sido jefe de los caballeros, hicieron celebrar los juegos romanos, que duraron tres días. Los ediles M. Aurelio Cotta y M. Claudio Marcelo celebraron tres veces los juegos del pueblo. Acababa de transcurrir el tercer año de la guerra púnica, cuando en los idus de Marzo entró en funciones el cónsul T. Sempronio. En cuanto á los pretores Q. Fulvio Flaco, que había sido ya dos veces cónsul y censor, obtuvo por sorteo la jurisdicción urbana, y M. Valerio Levino la de los extranjeros; Ap. Claudio Pulquer la Sicilia, y Q. Mucio Scévola, la Cerdeña. El pueblo quiso que M. Marcelo tuviese la autoridad de procónsul, porque era el único de los generales romanos que después de la derrota de Cannas había conseguido una victoria en Italia. En la primera sesión que celebró el Senado en el Capitolio, decidió que se exigiría doble impuesto aquel año, y que se cobraría inmediatamente la mitad para pagar á todos los soldados el sueldo vencido, exceptuando á los que estuvieron en Cannas. En cuanto á los ejércitos, se decidió que el cónsul T. Sempronio fijaría el día en que las dos legiones urbanas habían de reunirse en Calés; que en seguida marcharían al campamento de Claudio (2), más allá de Suesula; que las que lo ocupaban actualmente, compuestas en gran parte de tropas que se habían encontrado en Cannas, las llevaría

(1) Estos juegos fúnebres los habían tomado de los etruscos. También puede referirse su origen á la costumbre antigua de sacrificar esclavos ó cautivos en la pira de aquellos cuyos manes se quería aplacar.

(2) El que formó y fortificó Claudio Marcelo y que había conservado su nombre.

Ap. Claudio á Sicilia, llamando á Roma las tropas que servían allí. M. Claudio Marcelo fué enviado al ejército que se reunió en Cales en el día designado, y recibió orden de llevar al campamento de Claudio las legiones urbanas. Ap. Claudio envió al legado T. Metilio Croto para que recibiese el ejército antiguo y lo llevase á Sicilia. Al principio se esperó en silencio que el cónsul convocase los comicios para el nombramiento de su colega; pero cuando se vió alejado á Marcelo, como de intento, cuando la voluntad general le llamaba al consulado para aquel año, á causa de los actos con que había ilustrado su pretura, todo el Senado se estremeció de indignación. Observólo el cónsul, y dijo: «Padres conscriptos, era conveniente para la república que M. Claudio partiese para la Campania con objeto de realizar el movimiento de los ejércitos, y que no se convocasen los comicios hasta que hubiese terminado su misión y estuviese de regreso, para que tuvieseis en el consulado al hombre que llaman á él las circunstancias y vuestros deseos más ardientes.» Ya no se habló de comicios hasta el regreso de Marcelo, y durante este tiempo crearon decenviros á Q. Fabio Máximo y á T. Otacilio Craso que presidieron la dedicación, uno del templo de la Sabiduría y el otro la del de Venus Ericina. Estos dos templos se encuentran en el Capitolio, separados solamente por un foro. Los trescientos caballeros campanios, después de cumplir honrosamente su tiempo de servicio en Sicilia, habían llegado á Roma, y se propuso al pueblo una ley declarándoles ciudadanos romanos, como formando parte del municipio de Cumas, desde la fecha de la defección de Capua. Una consideración especialmente hizo proponer aquella ley, y era que ellos mismos confesaban ignorar á qué nación pertenecían; habían renunciado á su antigua patria, y todavía no estaban reconocidos en aquella en que habían ingresado. Habiendo regresado

Marcelo del ejército, reunieron los comicios para nombrar cónsul en el puesto de L. Postumio; nombrándose por unanimidad á Marcelo, que debía entrar inmediatamente en funciones. En el instante de su instalación zumbó el trueno; llamados los augures, declararon que la elección parecía mala y los patricios repetían por todas partes que los dioses estaban descontentos de que, por primera vez, ocupasen dos plebeyos el consulado. Retiróse Marcelo, y en su lugar nombraron á Fabio Máximo por tercera vez. En este año se incendiaron las aguas del mar: en Sinuesa una vaca parió un potro; en Lanuvio, en el templo de Juno Sospita, las estatuas sudaron sangre, y alrededor del templo cayó una lluvia de piedras. A causa de esta lluvia se celebraron, como de costumbre, rogativas durante nueve días y se expiaron cuidadosamente todos los otros prodigios.

Los cónsules se repartieron los ejércitos: Fabio obtuvo el que había mandado el dictador M. Junio; Sempronio tuvo que recibir los esclavos que se alistaban voluntariamente y veinticinco mil aliados; el pretor M. Valerio recibió el mando de las legiones que habían de volver de Sicilia, y Marco Claudio, enviado como procónsul al ejército establecido delante de Nola, por encima de Suesula. Los pretores marcharon á Sicilia y Cerdeña. Los cónsules dispusieron por un edicto que cuantas veces convocasen el Senado, los senadores y los que tenían derecho de emitir su opinión en el Senado, se reunirían en la puerta Capena. Los pretores, encargados de la administración de justicia, colocaron sus tribunales cerca de la piscina pública: allí tuvieron que llevarse los testimonios y dieron sus sentencias aquel año. Entretanto Magón, hermano de Aníbal, iba á pasar de Cartago á Italia con doce mil infantes, mil quinientos jinetes, veinte elefantes y mil talentos en dinero, escoltándole sesenta navés largas, cuando llegó

la noticia de que habían sido derrotados en España y que casi todos los pueblos de aquella provincia habían pasado á los romanos. Algunos querían que Magón con su flota y ejército pasasen á España sin ocuparse más de Italia; pero dícese que todos se dejaron seducir por la repentina esperanza de recobrar la Cerdeña. «Allí solamente había un débil ejército romano; el antiguo pretor A. Cornelio, que conocía la provincia, iba á dejarla y se esperaba el nuevo. Y además, los sardos estaban cansados de tan larga dominación, ejercida el año anterior con tanta crueldad y avaricia; se les había abrumado con excesivos impuestos y contribuciones de trigo que excedían sus recursos. Solamente les faltaba un jefe al que pudiesen aliarse.» Una diputación de los ciudadanos más notables de la isla había llevado estas noticias á Cartago. Era jefe de esta conspiración Hampsicora, cuya influencia y riquezas le hacían el hombre más importante del partido. Los dos mensajes llegaron casi á la vez. Turbados por el uno, tranquilizados por el otro, los cartagineses envían á España á Magón con su flota y sus tropas, y para dirigir la expedición de Cerdeña eligen á Asdrúbal, á quien dan un ejército casi tan importante como el de Magón. Los cónsules, después de terminar lo que tenían que hacer en Roma, se pónian ya en movimiento para comenzar las operaciones. T. Sempronio señaló á sus soldados el día en que debían encontrarse en Sinuesa. Q. Fabio, después de consultar al Senado, mandó que todos los granos de los campos se transportasen antes de las kalendas de Junio á las plazas fuertes; que si alguien faltaba á esta disposición, talaría sus campos, vendería sus esclavos en subasta y quemaría sus granjas. Hasta los pretores, creados para administrar justicia, fueron empleados en la administración de la guerra. El pretor Valerio tuvo que marchar á la Apulia para recibir el ejército de Teren-

cio, y defender este país con las legiones que llegaban de Sicilia; el ejército de Terencio debía marchar á las órdenes de un legado. M. Valerio recibió el mando de veinticinco naves, con las que había de defender las costas desde Brindis hasta Tarento. Q. Fulvio, pretor urbano, fué encargado, con igual número de naves, de vigilar las costas inmediatas á Roma. El procónsul C. Terencio recibió orden de hacer una leva en el Piceno y de proteger todo el país. T. Otacilio Craso, después de dedicar el templo de la Prudencia en el Capitolio, fué enviado á Sicilia para que tomase el mando de la flota.

Fijos tenían los ojos en esta lucha entre los dos pueblos más fuertes de la tierra todos los reyes, todas las naciones, y especialmente Filipo, rey de Macedonia, tan vecino de Italia, de la que solamente le separaba el mar Jónico. Al tener noticias del paso de los Alpes por Aníbal, se regocijó de ver encendida la guerra entre los romanos y cartagineses; pero mientras fué incierto el resultado, no sabía á cuál de los dos partidos desear la victoria. Sin embargo, cuando los cartagineses quedaron vencedores en tres batallas, se inclinó al lado de la fortuna y envió legados á Aníbal. Evitando estos legados los puertos de Brindis y Tarento, vigilados por las naves romanas, desembarcaron cerca del templo de Juno Lisinia. Desde allí se dirigen á Capua, atravesando la Apulia, y caen en una guarnición romana, que les lleva ante el pretor M. Valerio Levino, acampado cerca de Luceria. Xenofanes, jefe de la embajada, le declara, con la mayor serenidad, que le envía el rey Filipo para ajustar alianza y amistad con Roma; que está encargado de las instrucciones del rey para los cónsules y el Senado y el pueblo romano. En medio de la defección de los antiguos aliados, contento Valerio con aquella alianza que proponía un rey tan famoso, recibió

á sus enemigos con tanta benevolencia como á huéspedes; hizo que les acompañasen guías, que debían indicarles cuidadosamente los puntos, los desfiladeros ocupados por los romanos ó por los cartagineses. Xenofanes llegó, atravesando los puestos romanos, hasta la Campania, y desde allí, por el camino más corto, al campamento de Aníbal, con el que ajustó su tratado de alianza y amistad, en las siguientes condiciones: «El rey Filipo, con la armada más grande que pueda (creíase que podría reunir doscientas naves), debía pasar á Italia, talar las costas y hacer la guerra con sus propias fuerzas por mar y tierra. Terminada la guerra, la Italia entera, con la ciudad de Roma, pertenecería á los cartagineses y á Aníbal. Todo el botín se reservaba para Aníbal solo. Después de la completa sumisión de la Italia, los cartagineses debían pasar á Grecia y hacer la guerra á todos los reyes que designase Filipo: todos los estados del continente y todas las islas que rodean la Macedonia pertenecerían á Filipo y formarían parte de su reino (1).

Polibio reproduce el tratado íntegro, que dice así: «Tratado de alianza, ajustado por juramento entre Aníbal, general, Magón, Myreal, Barmocar y todos los senadores de Cartago que se encuentran con él, y todos los cartagineses que sirven á sus órdenes, de una parte; de otra, entre Xenofanes, ateniense, hijo de Cleomaco, que nos ha sido enviado en calidad de embajador, por el rey Filipo, hijo de Demetrio, tanto en su nombre, como en el de los macedonios y los aliados de su corona.

«En presencia de Júpiter y de Apolo; en presencia de las divinidades tutelares de los cartagineses, y de Hércules y de Yolaüs; en presencia de Marte, de Tritón, de Neptuno; en presencia de los dioses que acompañan nuestra expedición, y del sol y de la luna, y de la tierra; en presencia de los ríos, y de los prados y de las aguas; en presencia de todos los dioses que Cartago reconoce como dueños; en presencia de todos los dioses que son dueños de los macedonios y del resto de la Grecia; en presencia de todos los dioses que presiden á la guerra y que

Estas, sobre poco más ó menos, fueron las condiciones del tratado entre el general cartaginés y los enviados macedonios, quienes llevaron consigo, para obtener la confirmación del mismo rey, á Gísgón, Bostar y Magón. De nuevo llegaron á las inmediaciones del templo de Juno Licinia, donde su nave estaba oculta en una

están presentes á este tratado; Aníbal, general, y todos los senadores de Cartago que le acompañan, y todos los soldados de su ejército han dicho:

«Por vuestra voluntad y la nuestra habrá un tratado de amistad y alianza entre vosotros y nosotros, como amigos, aliados y hermanos, á condición que el rey Filipo y los macedonios y todos los aliados que tienen entre los demás griegos, conservarán y defenderán á los señores cartagineses y á Aníbal, su general, y á los soldados que manda, y á los gobernadores de las provincias dependientes de Cartago, y á los habitantes de Útica, y todas las ciudades y naciones sometidas á los cartagineses, y todos los soldados aliados, y todas las ciudades y naciones que se nos han unido en Italia, en la Galia, en la Liguria y aquellos que en esta región ajusten amistad y alianza con nosotros. De la misma manera los ejércitos cartagineses y los habitantes de Útica y todas las ciudades y naciones sometidas á Cartago, y los soldados y los aliados, y todas las ciudades y naciones con quienes tenemos amistad y alianza en Italia, en la Galia, en la Liguria y con las que contratemos amistad y alianza en esta región, conservarán y defenderán al rey Filipo y á los macedonios y á todos los aliados entre los demás griegos. No procuraremos sorprendernos los unos á los otros, ni nos tenderemos lazos. Nosotros, macedonios, nos declaramos de buena voluntad, con lealtad, sin fraude, sin propósito de engañar, enemigos de todos los que lo sean de los cartagineses, exceptuando las ciudades, los puertos y los reyes con quienes estamos ligados con tratados de paz y de alianza. Y nosotros también, cartagineses, nos declaramos enemigos de todos aquellos que lo sean del rey Filipo, exceptuando los reyes, las ciudades y naciones con quienes estamos ligados con tratados de paz y amistad.

«Vosotros, macedonios, entraréis en la guerra que tenemos contra los romanos, hasta que plazca á los dioses dar á nuestras armas y á las vuestras dichoso éxito. Nos ayudaréis con todo lo que sea necesario, según convengamos. Si los dioses

ensenada, y en seguida se hicieron á la vela. Encontrábase ya en plena mar cuando les vió la flota romana que vigilaba las costas de la Calabria, enviando P. Valerio algunas naves ligeras para perseguirles y traerles. Al principio trataron de huir los macedonios, pero convencidos de que les ganaban en velocidad, se rinden á los romanos que les llevan ante el jefe de la flota; éste les preguntó quiénes eran, de dónde venían y hacia qué punto se dirigían. Xenofanes, que tan perfectamente había escapado una vez, inventa otra mentira, y dice que: «enviado por el rey Filipo á los romanos, había llegado hasta M. Valerio, el único hasta quien había podido llegar con seguridad; pero que no había podido atravesar la Campania, guardada por todas partes por guarniciones enemigas.» Pero los legados de Aníbal, por su traje y aspecto cartaginés, infunden algunas sospechas; les interrogan y su lenguaje les delata. Separaron á los que les acompañaban, y amenazándoles, encuentran las cartas de Aníbal á Filipo y el tratado entre el rey macedonio y el general cartaginés. Cuando quedó todo esclarecido, decidieron enviar los prisioneros lo más pronto posible á Roma, al Senado ó á los cónsules, en cualquier parte que se encontrasen. Eligieron para esto las cinco naves más ligeras, encargándose el

no nos dan la victoria en la guerra contra los romanos y sus aliados y tratamos la paz con ellos, de tal suerte trataremos que quedéis comprendidos en el tratado y en condiciones que no puedan declararos la guerra; que no sean dueños de los corciris, de los apoliniatos, ni de los epidamnios, ni de Faro, ni de Dimala, ni de los parthinos, ni de la Atitania y que devuelvan á Demetrio de Pharos sus parientes, que retienen en sus Estados. Si los romanos os declaran la guerra, ó á nosotros, entonces nos socorreremos los unos á los otros, según la necesidad; lo mismo haremos si cualquiera otro nos declara la guerra, exceptuando los reyes, las ciudades y naciones que sean nuestras amigas y aliadas. Si consideramos conveniente añadir algo á este tratado ó restringirlo, lo haremos de común consentimiento.

mando á L. Valerio Ancias, con orden de hacer guardar separadamente á los legados uno en cada nave, impidiendo que hablasen ni se concertasen por ningún medio. Por esta época regresó A. Cornelio Mammula de Cerdeña, donde mandaba; en Roma expuso el estado en que se encontraban los asuntos de aquella isla; que solamente se pensaba en la guerra y la sublevación; que su sucesor Q. Mucio, atacado á su llegada por la insalubridad del clima y de las aguas, se encontraba invadido por una enfermedad, no peligrosa, pero sí larga, que le impediría por mucho tiempo sostener el peso de la guerra; que el ejército, bastante fuerte para ocupar un país tranquilo, era insuficiente para las necesidades de la guerra que parecía iba á estallar. El Senado decretó que Q. Fulvio Flaco alistase cinco mil infantes y cuatrocientos caballos; que todo lo más pronto posible haría pasar á Cerdeña esta legión, cuyo mando encargaría á un jefe elegido por él, quien dirigiría las operaciones hasta que se restableciese Mucio. Encargóse de esta misión T. Manlio Torcuato, que había sido dos veces cónsul y censor, y que durante su consulado había sometido á los sardos. Casi por este mismo tiempo, la flota que los cartagineses habían enviado á Cerdeña, á las órdenes de Asdrúbal, denominado el Calvo, fue juguete de una tempestad tremenda que les arrojó hacia las islas Baleares, donde tuvo que barar las naves para repararlas (porque no habían sufrido solamente las jarcias, sino también los cascos). Estos trabajos detuvieron á Asdrúbal durante algunos días.

Después de la batalla de Cannas, el agotamiento de fuerzas por un lado, y la molición de los ánimos por otro, habían hecho languidecer la guerra en Italia. Los campanios emprendieron solos la obra de someter Cumas á su dominio, y al principio emplearon la intriga para separarla de Roma; pero como no consiguieron su objeto,

pusieron en planta un ardid para apoderarse de ella. Todos los pueblos de la Campania celebran un sacrificio anual en Hamas, y se hizo saber á los habitantes de Cumas que acudiría á él el Senado de Capua, rogándoles que enviasen también su Senado, con objeto de tratar para que en adelante no tuviesen los dos pueblos más que los mismos aliados y los mismos enemigos. Los capuanos debían reunir allí bastantes soldados armados para que no hubiese peligro alguno que temer de parte de los romanos ó de los cartagineses. Los habitantes de Cumas, aunque sospechando alguna perfidia, aceptaron con la seguridad de ocultar por este medio su propia astucia. Entretanto el cónsul romano T. Sempronio había encontrado sus tropas en Sinuesa, donde les había mandado reunirse en día fijo. Allí, después de purificar su ejército con las ceremonias acostumbradas, cruzó el Vulturno y fué á acampar en las cercanías de Litérno. Como el ejército estaba inactivo, frecuentemente hacía dar largos paseos á los soldados, para acostumar á los nuevos, la mayor parte esclavos alistados voluntariamente, á seguir las enseñas y á encontrar sus filas en el campo de batalla. Un cuidado ocupaba principalmente al general: había recomendado con especialidad á los legados y tribunos «que á nadie se dijese lo más mínimo relativamente á su primera condición para evitar que se introdujese la discordia en las filas del ejército; que los veteranos consintiesen se les colocase en la misma fila que los bisonos, el hombre libre que el alistado voluntario; que era necesario considerar como personas honradas y bien nacidas á todos aquellos á quienes el pueblo romano había confiado sus armas y enseñas; que la fortuna que había obligado llegar á tales medidas, exigía que fuesen mantenidas.» Observáronse con tanto cuidado estas órdenes por los soldados y los jefes, y muy pronto reinó tan buen acuer-

do en el ejército, que casi se olvidó de qué condición había salido cada uno para ser soldado. Entretanto entrase Graco, por legados venidos de Cumas, de la proposición que les habían hecho los campanios pocos días antes y de lo que les habían contestado. La fiesta había de celebrarse tres días después, debiendo asistir, no solamente el Senado de Capua, sino también un ejército campanio, que formaría campamento. Graco manda á los habitantes de Cumas que lleven á la ciudad todo lo que tengan en el campo, y que permanezcan ellos mismos en sus murallas; y la víspera del día señalado para el sacrificio, marcha y acampa cerca de Cumas, de la que dista tres millas. Siguiendo su plan, los campanios se habían reunido ya en considerable número, y cerca de allí se había puesto en emboscada el Medixtútico Mario Alfio (título del magistrado supremo de Capua), al frente de catorce mil soldados, mucho más ocupado en disponer los preparativos del sacrificio y asegurar el éxito de su trama, que en vigilar la fortificación de su campamento y demás trabajos militares. La celebración del sacrificio en Hamas duró tres días; la fiesta tenía lugar durante la noche, pero solamente en su primera mitad. Graco decidió aprovechar este instante, y colocó centinelas en las puertas para que nadie pudiese divulgar su proyecto. En la décima hora del día mandó á los soldados comer y descansar, con objeto de que á primera noche pudiesen reunirse á una señal convenida: en la primera vigilia hizo levantar las enseñas, parte en silencio y llega á media noche delante de Hamas al campamento de los campanios, mal guardado como debía acontecer durante una fiesta nocturna; y entrando por todas las puertas á la vez, les encuentra á unos entregados al sueño, á otros que regresaban sin armas del sacrificio y les extermina á todos. En esta sorpresa nocturna perecieron más de dos mil campanios, con su

jefe Mario Alfio, y les cogieron treinta y cuatro enseñas.

Graco no llegó á perder cien hombres al apoderarse del campamento enemigo: sin embargo, se apresuró á retirarse á Cumas, porque temía á Aníbal, que tenía su campamento al otro lado de Capua, sobre el monte Tifato. Y no tuvo que arrepentirse de su prudencia; porque en cuanto se conoció en Capua la derrota, sabiendo Aníbal que el ejército de Graco lo formaban en su mayor parte soldados bisonos y esclavos, creyó que lo iba á encontrar en Hamas, ebrio de alegría y orgullo después de aquel triunfo, y ocupado en despojar á los vencidos y apoderarse del botín. Apresuradamente llevó algunas tropas ligeras al otro lado de Capua; encontrando en seguida á los campanios en fuga, á quienes dió escolta para que les acompañase á Capua, adonde hizo trasladar los heridos en carros. Cuando llegó á Hamas, encontró el campamento abandonado por el enemigo, no viendo más que rastros recientes de la matanza, y aquí y allá cadáveres de sus aliados. Algunos le aconsejaron marchar en el acto sobre Cumas y sitiaria; pero, á pesar de su vehemente deseo de poseer al menos la ciudad marítima de Cumas á falta de Nápoles, del que no había podido apoderarse, no habiendo llevado los soldados, en la precipitación de la partida, más que sus armas, tuvo que retirarse á su campamento de Tifato. Pero asediado por los ruegos de los campanios, á la mañana siguiente volvió delante de Cumas con todos los aparatos de sitio. Taló los alrededores y colocó su campamento á mil pasos de la ciudad. Graco había permanecido en Cumas, antes por no abandonar en tan mala posición á unos aliados que imploraban su auxilio y el del pueblo romano, que por confianza en sus tropas. Fabio, el otro cónsul, que tenía su campamento en Cales, no se atrevía á hacer pasar el Vulturno

á su ejército; muy ocupado además en consultar nuevos auspicios, tenía que conjurar por otra parte los prodigios que le anunciaban sucesivamente con expiaciones que, según los arúspices, no hacían favorables los presagios.

Estos motivos retenían á Fabio; pero Sempronio estaba sitiado y el enemigo daba ya impulso á los trabajos de ataque. A una inmensa torre de madera que había hecho avanzar contra las murallas, el cónsul opuso sobre las mismas murallas otra más alta. Sobre aquel parapeto, muy elevado ya, había hecho colocar gruesas vigas, que utilizó como base para sus construcciones. Desde lo alto de aquella torre defendieron los sitiados al principio las murallas de la ciudad con piedras, venablos y toda clase de armas arrojadizas; después, cuando vieron que la torre del enemigo estaba cerca del muro y lo tocaba ya, lanzando antorchas encendidas la prendieron fuego por muchos puntos á la vez. Al ver el incendio la muchedumbre de los soldados se lanza fuera de la torre; y al mismo tiempo los romanos, haciendo una salida por dos puertas introducen la confusión entre los enemigos, y les llevan hasta su campamento, de tal manera que aquel día pareció que Aníbal estaba sitiado en vez de ser sitiador. Perecieron mil trescientos cartagineses; cincuenta y nueve cayeron prisioneros, porque permaneciendo sin precauciones en su puesto, al pie de las murallas y no esperando ni por asomo una salida, fueron cogidos de improviso. Antes de que los enemigos se repusieran de su repentino temor, dió Graco la señal de retirada, y marchó á la ciudad con sus tropas. A la mañana siguiente, creyendo Aníbal que embriagado el cónsul con su victoria no rehusaría un combate á campo abierto, formó sus tropas en batalla entre el campamento y la ciudad. Pero viendo que el general romano se atenia á las precaucio-



nes ordinarias para la defensa de la plaza, sin conceder nada á temerarias esperanzas, se retiró á su campamento de Tifato, sin haber podido conseguir nada. En el momento mismo en que quedaba levantado el sitio de Cumas, T. Sempronio, denominado Longo, consiguió también una ventaja cerca de Grumento, en Lucania, sobre el cartaginés Hannón. Matóle más de dos mil hombres, perdiendo él doscientos ochenta, y se apoderó de cuarenta y una enseñas. Arrojado de Lucania, Hannón se retiró al Brucio. Tres ciudades de hirpinos, que habían abandonado el partido de los romanos, Vercelio, Vescelio y Sicilino, las tomó por asalto el pretor M. Valerio. Los autores de la defección fueron decapitados. Vendiéronse mil cautivos en subasta, abandonóse á los soldados el resto del botín, y el ejército regresó á Luceria.

Cuando ocurrían estas cosas en Lucania y en el país de los hirpinos, las cinco naves que llevaban á Roma los diputados prisioneros de Macedonia y de Cartago, después de haber seguido casi toda la costa de Italia, para pasar del mar superior al inferior, cruzaron delante de Cumas. Ignorando Graco si eran amigas ó enemigas, envió algunas naves á su encuentro; y sabiendo á su vez los del convoy que Graco se encontraba en Cumas, fondearon allí, entregando al cónsul los prisioneros y sus cartas. El cónsul leyó toda la correspondencia de Aníbal con Filipo, puso su sello en todos los documentos, y los remitió por tierra al Senado, llevando por mar los legados á Roma, adonde llegaron casi al mismo tiempo que las cartas, siendo interrogados y concordando sus respuestas con los documentos. Al pronto dominaron crueles inquietudes al Senado, cuando vió que Roma, capaz apenas de resistir las armas de Cartago, iba á tener que resistir también el abrumador peso de una guerra con Macedonia. Sin embargo, lejos de

abatirse, ocupóse inmediatamente de separar este enemigo de la Italia, adelantándose en el ataque. Los prisioneros fueron encarcelados y las gentes de su comitiva vendidas en subasta. A las veinticinco naves que mandaba P. Valerio Flaco añádiéronse por un decreto otras veinte dispuestas á navegar. Estas naves, equipadas y listas, con las cinco que habían traído los legados prisioneros, formaban una flota de cincuenta velas, que partió de Ostia para Tarento. P. Valerio Flaco recibió orden de embarcar los soldados de Varrón que mandaba en Tarento el legado L. Apustio, y no limitarse con sus cincuenta naves á proteger las costas de Italia, sino que procurase adquirir algunos informes acerca de la guerra de Macedonia; que si los propósitos de Filipo concordaban con las cartas y confesiones de los legados, escribiese al pretor M. Valerio para instruirle; que entonces M. Valerio, dejando el mando del ejército al legado L. Apustio, se uniese á la flota en Tarento, y desde allí, pasando á Macedonia, intentase todos los esfuerzos para contener á Filipo en su reino. Con objeto de atender á las necesidades de la flota y á los gastos de la guerra de Macedonia, se dispuso del dinero que había sido remitido á Ap. Claudio en Sicilia, para devolverlo al rey Hierón. El legado L. Apustio lo hizo llevar á Tarento; Hierón remitió á su vez doscientos mil modios de trigo y cien mil de cebada.

Mientras se ocupaban los romanos de estos preparativos, una de las naves capturadas y enviadas á Roma consiguió escapar y regresar á Filipo, enterándose por este medio el rey de que sus legados habían sido cogidos con las cartas. Ignorando lo que habían convenido con Aníbal y la contestación que habían de darle los embajadores cartagineses, dirigióle otra embajada con iguales instrucciones. Formábanla Heráclito, llamado Scotino, Critón Beroceo y Sositheo Magues. Estos consiguieron

llevar y traer los despachos; pero pasó el verano antes de que el rey pudiese ponerse en movimiento é intentar alguna empresa. Así, pues, la captura de una sola nave y de los embajadores que llevaba, bastó para retrasar la guerra que amenazaba á Roma. Fabio había pasado el Vulturno, después de haber expiado al fin los prodigios, y los dos cónsules obraban de acuerdo en las intermediaciones de Capua. Fabio tomó por asalto Compulteria, Trébula y Satícula, que habían pasado á los cartagineses, haciendo prisioneras allí las guarniciones que había dejado Aníbal, y con ellas considerable número de campanios. Como en el año anterior, en Nola el Senado estaba por los romanos y el pueblo por Aníbal, formándose secretas tramas para matar á los nobles y entregar la ciudad. Con objeto de destruir estas maquinaciones, Fabio hizo pasar su ejército entre Capua y el campamento que Aníbal había establecido en lo alto del monte Tifato, marchando á establecerse por encima de Suesula, en el campamento de Claudio, desde donde envió al procónsul M. Marcelo con las tropas que mandaba para guarnecer á Nola.

El pretor P. Manlio dirigía en Cerdeña las operaciones, que habían quedado abandonadas desde que el pretor L. Mucio cayó gravemente enfermo. Manlio había barado sus naves largas cerca de Carales, y armado las tripulaciones para emplearlas en tierra; reuniéndolas con el ejército del pretor, cuyo mando tomó, formó un cuerpo de veintidós mil hombres de á pie y mil doscientos caballos. Al frente de este ejército entró en territorio enemigo, acampando cerca de Hampsícora. Encontrábase éste á la sazón con los sardos pélitos, procurando sublevar á los jóvenes para aumentar sus fuerzas. En el campamento mandaba su hijo Híosto, que dominado por el ardor natural de la juventud, trabó temerariamente el combate, siendo derrotado y puesto en fuga.

Perecieron en la batalla cerca de tres mil sardos, quedando prisioneros unos ochocientos. El resto del ejército, después de dispersarse por campos y bosques, se refugió en el paraje donde se decía que se había retirado su jefe, en una ciudad llamada Corno, capital de la comarca. Este combate hubiese puesto fin á la guerra de Cerdeña, si la flota cartaginesa, que una tempestad arrojó á las Baleares, no hubiese llegado á tiempo con su jefe Asdrúbal para dar á los sardos alguna esperanza de comenzarla otra vez. Al enterarse Manlio de que los cartagineses habían desembarcado, se retiró á Carales, y Hampsícora aprovechó la ocasión para unirse al general cartaginés. Asdrúbal desembarcó sus tropas y despidió la flota para Cartago; en seguida, guiado por Hampsícora, marchó á talar los campos de los aliados del pueblo romano, y hubiese llegado hasta Carales, si el encuentro del ejército de Manlio no le hubiese detenido en medio de sus devastaciones. Al principio se establecieron los dos campamentos á cierta distancia uno de otro, y pronto se trabaron escaramuzas, combates sin importancia, en los que se equilibraba el resultado. Al fin se formaron en batalla las tropas, los dos ejércitos se atacaron y durante cuatro horas lucharon con encarnizamiento. Los cartagineses, reducidos á ellos solos, porque los sardos estaban acostumbrados á ser vencidos fácilmente, mantuvieron por largo tiempo indecisa la victoria; pero cuando quedó cubierta toda la llanura de sardos fugitivos ó muertos, ellos también tuvieron que ceder; y cuando comenzaron á volver la espalda, rodeóles el ejército romano por el lado donde había derrotado á los sardos; desde aquel momento el combate se trocó en matanza, pereciendo doce mil enemigos entre sardos y cartagineses, quedando prisioneros cerca de siete mil setecientos y cogiéndose veintisiete enseñas.

Lo que más esclarecida y memorable hizo esta bata-